

Merluza con espárragos trigueros

Ingredientes

2 kg de merluza (en rodajas)
6 manojos de espárragos trigueros
100 g de harina
6 huevos
175 cl de aceite
2 rodajas de pan
1 vaso de vino blanco
vinagre
sal
ajos
perejil
laurel



Elaboración:

Una vez pasadas por harina se fríen las rodajas de merluza a fuego vivo, dorándolas por ambos lados y colocándolas en una cazuela untada de aceite donde se han frito anteriormente unos ajos, que se han retirado y reservado.

Se tienen de antemano cortados los espárragos y retirada su parte más dura y, una vez lavados, se les da un hervor, se escurren y agregan a la merluza.

Efectuado todo lo anterior, se añade el vino, dejándolo cocer un poco y seguidamente se agrega agua (si es posible caldo de pescado), cubriéndolo sin que exceda, y dejándolo cocer a fuego moderado durante 20 minutos.

Una vez hecho, se colocan encima medios huevos cocidos, unos costrones de pan frito en pequeños dados, perejil picado, un chorro de vinagre y los ajos fritos con su aceite por encima.

¡Que aproveche!!!



Evangelio según la Comunidad de Mateo



En aquel tiempo, los once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Al verlo, ellos se postraron, pero algunos vacilaban. Acercándose a ellos, Jesús les dijo: "Se me ha dado pleno poder en el cielo y en la tierra. Id y haced discípulos de todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo."

Mt. 28,16-20

Oración del Cuarto de Hora

- L. Dios, verdad eterna
- T. **Creemos en ti.**
- L. Dios, salvación y fortaleza nuestra.
- T. **Esperamos en ti.**
- L. Dios, bondad infinita.
- T. **Te amamos de corazón.**
- L. Enviaste al Verbo, Salvador del mundo.
- T. **Haz que todos seamos uno en él.**
- L. Infunde en nosotros el Espíritu del Hijo.
- T. **Para que glorifiquemos tu nombre. Amén**



Reflexión al Evangelio



SÓLO AMOR

... en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Es necesario creer en la Trinidad, ¿se puede?, ¿sirve para algo?, ¿no es una construcción intelectual innecesaria?, ¿cambia en algo nuestra fe en Dios y nuestra vida cristiana si no creemos en el Dios trinitario? Hace dos siglos Kant escribía estas palabras: «Desde el punto de vista práctico, la doctrina de la Trinidad es perfectamente inútil».

Nada más lejos de la realidad. La fe en la Trinidad cambia no sólo nuestra manera de mirar a Dios sino también nuestra manera de entender la vida. Confesar la Trinidad de Dios es creer que Dios es un misterio de comunión y de amor. Dios no es un ser frío, cerrado e impenetrable, inmóvil e indiferente. Dios es un foco de amor insondable. Su intimidad misteriosa es sólo amor y comunicación. Consecuencia: en el fondo último de la realidad dando sentido y existencia a todo no hay sino Amor. Todo lo existente viene del Amor.

El Padre es Amor originario, la fuente de todo amor. Él empieza el amor: «Sólo él empieza a amar sin motivos, es más, es él quien desde siempre ha empezado a amar» (E. Jünger). El Padre ama desde siempre y para siempre, sin ser obligado ni motivado desde fuera. Es el «eterno Amante». Ama y seguirá amando siempre. Nunca retirará su amor y fidelidad. De él sólo brota amor. Consecuencia: creados a su imagen, estamos hechos para amar. Sólo amando acertamos a vivir plenamente.



El ser del Hijo consiste en recibir el amor del Padre. Él es el «Amado eternamente» antes de la creación del mundo. El Hijo es el Amor que acoge, la respuesta eterna al amor del Padre. El misterio de Dios consiste pues en dar y en recibir amor. En Dios, dejarse amar no es menos que amar. ¡Recibir amor es también divino! Consecuencia: creados a imagen de Dios, estamos hechos no sólo para amar sino para ser amados.

El Espíritu Santo es la comunión del Padre y del Hijo. Él es el Amor eterno entre el Padre amante y el Hijo amado, el que revela que el amor divino no es cerrazón o posesión celosa del Padre ni acaparamiento egoísta del Hijo. El amor verdadero es siempre apertura, don, comunicación hasta sus criaturas. «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rom 5, 5). Consecuencia: creados a imagen de ese Dios, estamos hechos para amarnos mutuamente sin acaparar y sin encerrarnos en amores ficticios y egoístas.

José Antonio Pagola

Hablemos un poco sobre Dios...



Hay quien tiene miedo a Dios. Como si fuera primero juez y después verdugo. Como si Dios fuese el ojo inquieto, atento a nuestras traiciones y nuestros errores. Como si Dios estuviese afilando el hacha para golpear. Hay quien piensa que Dios es el que siempre te va a pedir lo que más te cuesta, el que va a llevar cumplida cuenta de sus miserias... pero, ¿cómo tener miedo a quien sabes que te quiere? ¿Cómo temblar asustado ante quien te ha creado tan lleno de vida? ¿Cómo desconfiar de quien se estremece cuando tú sufres? Ese miedo al castigo, a la muerte eterna, a la condenación... ¡Ay! Palabras que parecen de otra época, que hoy se nos atragantan un poco.

Es verdad que muchas veces nos sabemos limitados. Es verdad que a ratos nos pesa con incertidumbre el sentir que podríamos hacer más, construir más, amar más, vivir mejor... pero no deberíamos sentir que Dios está ahí reprochándonos o preparando su venganza. En todo caso está ahí esperándonos, siempre, con los brazos abiertos y el corazón herido. Porque, ¿de veras se trata de vivir bajo la sombra de una ley impuesta? ¿Es el miedo un motor para nuestra fe? ¿Es que Dios es un amarga-fiestas, un castra-vidas, un pepito grillo incómodo y molestón? Pues vaya panorama No. Dios es el que quiere lo mejor para su mundo... y sólo desde esa perspectiva nuestro amor será respuesta, nuestra entrega donación y nuestra fe será abrazo.

No es un salvoconducto para vivir a lo loco o como si todo diese igual. Dios es bueno, y su justicia está teñida de misericordia, y su amor perdona hasta en la cruz. Tan bueno que se estremece con el dolor inocente, y llora con cada herida. Su proyecto para la humanidad es de esperanza, no de condena. Y el pecado, antes que enfadarle, le golpea. Si descubro sobre mí esa mirada de Dios veré que me ve con los ojos tiernos del padre esperanzado, que ve antes las oportunidades que las caídas. Descubriré su llamada como horizonte, y su propuesta como bendición. Y veré que antes que una vara para golpearme lo que tiende hacia mí, una y otra vez, son los brazos, para construir con Él.

«Tú, Yahvéh, eres mi lámpara, el Dios que alumbró mis tinieblas» (Salmo 18, 29)

Jesuitas